

España, ¿vuelta a Europa?

Frente al alineamiento sistemático con Estados Unidos del Gobierno Aznar, el partido socialista colocó en el centro de su discurso político el proyecto europeo.

Ambas políticas exteriores son opuestas, pero fáciles de comprender. Según la primera estar junto a la potencia sólo puede traer cosas buenas, oponerse malas. Por ello, la invasión de Irak se presentó como una oportunidad única. Países más importantes para la hiperpotencia no la acompañaban en dicha acción, como los principales aliados europeos continentales y, se olvida con frecuencia, sus socios aduaneros del NAFTA, Canadá y México. Haciéndolo nosotros podríamos ganar el favor americano y ganar un trato prioritario –en último término como el del Reino Unido-.

Para la segunda el objetivo es lograr la integración europea, jugando un papel protagonista. Tres cuartas partes de nuestras exportaciones van al resto de la Unión, el 90% de las inversiones proceden de ella y los fondos netos recibidos significan casi la mitad del crecimiento de nuestro PIB desde 1986. Además, la Unión nos hace vislumbrar la posibilidad de ser, unidos, un actor influyente en la escena internacional, capaz de defender sus propios intereses y actuar de forma autónoma.

Si la reunión de las Azores puso imagen a la primera postura, la decisión de retirar nuestras tropas de Irak lo hacía a la segunda.

Tras ello volvíamos al núcleo duro de la construcción europea, con Francia y Alemania, que opuestos a la invasión

de Irak por parte de Estados Unidos¹ habían reaccionado proponiendo una mayor integración europea en las cuestiones de defensa mediante la creación, junto a Bélgica y Luxemburgo, de un Cuartel General europeo, encargado de dirigir las operaciones militares de la Unión sin dependencia de la OTAN –Estados Unidos-.

Pero ello supondría deteriorar las relaciones con la hiperpotencia, argumento que se convirtió en la principal acusación del actual Gobierno. Demostrar lo contrario ha sido casi una obsesión para el ejecutivo.

Y son las cuestiones estratégicas las que debemos considerar para valorar si la vuelta a Europa y el distanciamiento con Estados Unidos se han producido.

Junto al apoyo a la invasión de Irak otra gran muestra del atlantismo anterior había sido la venta de nuestra industria de armamento terrestre, Santa Bárbara, a la norteamericana General Dynamics, con el escándalo que supuso, poco recogido, que la empresa fabricante del Abrams deviniese propietaria de otra que estaba fabricando su gran competidor, el carro de combate alemán Leopard.

No incluimos la opción por el sistema de combate Aegis para nuestras

¹ Con la misma pasaban a controlar unas de las mayores reservas de petróleo del mundo. Tras ello, y basándose en los mismos argumentos utilizados para derrocar el régimen de Sadam Hussein –ADM y terrorismo-, podrían seguir embargos o ataques a Irán o incluso Arabia Saudí. Estamos sufriendo las consecuencias de la primera fase, con el barril rozando los 90 dólares, de los que nos alivia sólo la fortaleza del euro.

fragatas F-100, firmado en 1997, puesto que la decisión de retirarse del APAR germano-holandés y adquirir el norteamericano se había adoptado en junio de 1995.

Como principal elemento europeísta España había pasado a ser en 2000, mediante la aportación de CASA, socia minoritaria -5,5%.- de EADS, nacida de la fusión de las industrias aeroespaciales francesa y alemana y paradigma de la consolidación europea del sector.

¿Ha modificado el nuevo Gobierno este panorama estratégico?

El espíritu europeísta del Gobierno Zapatero ha quedado claro en los importantes esfuerzos por salvar la fallida Constitución europea y lograr el reciente acuerdo sobre el Tratado de Reforma que la sustituye. La política exterior y la defensa son dos de los campos en los que se progresa más.

Pero las relaciones con Estados Unidos distan mucho de haber empeorado.

Pareció que ello sucedía cuando el Gobierno Bush vetó la venta de doce aviones CASA a Venezuela, por incluir tecnología americana. Pese a lo jugoso del contrato, y que junto a ello se ha perdido la venta de varios submarinos – que suplirá Rusia-, España no procedió a la misma².

Pero la visión completa de la imagen incluye la selección del CN-235 de CASA para suministrar hasta 36 aparatos a la Guardia costera estadounidense³.

Más difícil se hace defender el enfrentamiento tras la autorización estadounidense de vendernos su misil de crucero táctico Tomahawk, del que hasta la fecha sólo disponía el Reino Unido⁴.

E imposible tras conocer que la marina Australiana ha seleccionado a Navantia para la adquisición de 3 fragatas antiaéreas –sistema Aegis- y dos buques anfibios. Algo que sin el apoyo explícito de Estados Unidos no se hubiese producido.

A cambio el Gobierno Zapatero ha roto la alianza que existía en la construcción de submarinos con Francia⁵ decidiendo equipar los nuevos S-80 con un sistema de combate también de Lockheed. E incluso hemos realizado la primera orden de exportación en 20 años que reciben los británicos en este ámbito.

La alianza de nuestra empresa naval militar es ahora total con la industria norteamericana.

No debe ocultarse que tras ello está el acuerdo de suministro de armas que Estados Unidos firmó con Taiwán en 2001, que incluye ¿6? submarinos de propulsión convencional, que España aspira a construir⁶.

Si queda claro que la relación con los USA es buena cabe preguntarse si la vuelta a Europa ha sido tal.

La colaboración europea presenta una serie de ventajas, muchas veces no tan visibles por ser a mayor plazo.

El mejor ejemplo nos lo ofrece la citada EADS.

Gracias a nuestra participación hemos creado y garantizado mucho empleo, pues Airbus copa la mitad del mercado mundial de aviones civiles. Tan importante como esto, si no más, ha sido el desarrollo de sectores tecnológicos hasta ahora inexistentes, o primarios, como el de helicópteros –con una planta recién inaugurada en Albacete-, misiles –INMIZE-, satélites –Astrium- y propulsión aérea –ITP-.

² También Saab y, más sorprendente, la brasileña Embraer han renunciado a ello.

³ Hasta este momento se han pedido 8.

⁴ Finlandia vio este año rechazada la petición de compra del misil de crucero JASSM.

⁵ Fabricando conjuntamente el Scorpene, de cierto éxito en la exportación.

⁶ Dado que la *Navy* sólo posee submarinos de propulsión nuclear los astilleros americanos han perdido esta capacidad.

Los programas europeos como Eurofighter, Tigre, NH-90, A 400 M o Galileo, nos permiten ser socios y adquirir tecnologías que de otra manera no lograríamos.

La cuestión que se plantea es si, al igual que la venta de Santa Bárbara, la alianza de Navantia con la industria norteamericana supone su exclusión de la consolidación naval militar europea en ciernes.

En efecto, en Francia DCN y Thales se han unido creando DCNS, y en Alemania ThyssenKrupp y HDW han dado origen a TKMS –que incluye las industrias sueca y griega⁷. Reunificación nacional que se ve como el paso previo al surgimiento del “EADS naval”.

¿Podemos cuantificar el empleo y tecnología que perderemos por no estar en dicho grupo?

Los europeos podemos ofrecer el producto completo, debemos aspirar a ello, y competir con las industrias americana y rusa. Hoy no es esta la situación habitual.

Navantia ofrece la plataforma, poniendo Lockheed el sistema de combate, que representa dos tercios del coste total. Lo mismo que CASA entrega sus aeronaves a la *joint venture* formada por Lockheed y Northrop Grumman y Finmeccanica, que acaba de ver seleccionado por el DoD su C-27, lo hace a Boeing y L-3 para que les pongan los equipos tecnológicos.

Siendo cierto que las empresas europeas intentan competir por los programas del Pentágono, que dispone de la mitad del gasto en defensa del mundo, también lo es que deben hacerlo

⁷ En el Reino Unido el MoD ha obligado a que BAE y VT Group se unan para la realización de sus nuevos portaviones, pero su fusión con otro grupo europeo no se contempla. En Italia, como en España, un grupo estatal copa prácticamente todo el sector: Fincantieri, que trabaja con los franceses en las fragatas Horizon y FREMM, con los alemanes en submarinos, y con Lockheed en el LCS americano.

en partenariat con *primes* americanas de las que devienen subcontratistas.

Si a ello añadimos que sólo poco más del 2% de las adquisiciones del DoD se adjudican a empresas extranjeras observamos la necesidad de la reestructuración del sector europeo.

Otorgándonos contratos por este ridículo porcentaje, o de países aliados, consiguen que las empresas europeas puedan subsistir sin fusionarse, pero trabajando para ellas en los aspectos menos tecnológicos.

El riesgo de devenir meros subcontratistas, de no poder ofrecer los productos finales y, por tanto, de ser dependientes, lo ha puesto de manifiesto la Agencia Europea de Defensa (AED), que persigue la creación de un mercado intraeuropeo de armamento que acelere la necesaria consolidación transnacional del sector.

Esto es lo que tenemos que apoyar. Y lo hemos hecho, pero siendo el último país en suscribir el Código de conducta voluntario de la AED.

La importancia de integrarnos en los colosos europeos que puedan surgir es más importante una vez que la industria británica ha renunciado a ello.

La mayor empresa de defensa europea, BAE Systems, es ya uno de los principales proveedores del Pentágono, habiéndosele autorizado a realizar la compra de varias compañías estadounidenses, destacando las de United Defense en 2005 y la recentísima de Armor Holdings. Compra financiada con los ingresos derivados de la venta de su 20% en Airbus, que escenificó la salida del grupo de la defensa europea⁸.

Algo que pudo ser una oportunidad para países como España e

⁸ Pese a que existen importantes contratos del Reino Unido con EADS, como el de aviones cisterna, los 13.000 puestos de trabajo que la empresa crea allí deberían irse trasladando a los países que sí tienen invertido su capital en la misma.

Italia, dada la difícil situación en la que se encontró Airbus por los retrasos de su superavión, hoy ya realidad, A 380.

Y España lo intentó. Ofreció doblar su participación en EADS, eso sí, a cambio de una mayor carga de trabajo, más tecnología, y peso político en la dirección de la empresa. No tuvo éxito.

Es hasta cierto punto comprensible que franceses y alemanes quieran mantener, conforme a su pacto de accionariado, el control de una compañía cuyas tecnologías de punta les pertenecen. Pero si sólo permiten que el resto sean socios capitalistas es posible que éstos se vean tentados por ofertas más interesantes.

España debería haber empleado la alta política para intentar tener peso en una empresa tan estratégica. ¿Podíamos haber permitido la OPA de E.ON sobre Endesa a cambio del apoyo alemán? ¿Haber continuado la colaboración en submarinos con Francia? ¿O son las negativas a toda proposición las que han empujado a España a la alianza con los americanos?

La base del proyecto europeo se encuentra en la necesidad mutua de países muy dispares en capacidades económicas y tecnológicas. Unos sólo podrán contribuir con dinero, otros deberán poner su tecnología a cambio de obtener unas economías de escala que les permitirán mejorar y abaratar los productos.

No deben cerrarse las puertas a los países que quieran contribuir. Y no debemos reaccionar gastando nuestros recursos en sistemas cuya tecnología no se nos transfiera.

Nuestro flamante Tomahawk ha demostrado que los Estados Unidos nos consideran un país amigo y aliado pese a la discrepancia puntual sobre Irak. Pero se trata de un arma no soberana cuyo guiado hasta el blanco se hace con el sistema de satélites americano. Tampoco adquirimos la tecnología de radar y software del sistema Aegis.

Aunque los productos europeos no fuesen mejores, y lo son en muchos casos, su desarrollo sentaría las bases industriales y tecnológicas para que la siguiente generación sí lo fuese. Y en todo caso su utilización sólo dependería de nosotros.

Es el momento de proponer ideas que avancen en esta dirección, como apoyar decididamente Galileo, los sistemas espaciales de observación, los UAVs de combate como Neuron, y, por qué no, el desarrollo de aviones de despegue y aterrizaje vertical para los portaviones de reducidas dimensiones, como el español e italiano, y que otros Estados europeos, en común, podrían desarrollar para dotar a Europa de esta capacidad de proyección de fuerzas.

La labor de la AED es aquí fundamental, fijando prioridades, seleccionando programas, investigando tecnologías, para lo que debe ser adecuadamente financiada.

La posición española no ha sido tan europeísta como puede parecer por el análisis de fotos, gestos y palabras. Y tenemos que conseguir que lo sea.

Al igual que los motores europeos deben entender que tienen que ceder, compartir, cierto peso político, el justo respecto a la aportación económica y/o tecnológica que hagan otros. Sólo así el proyecto europeo que tan beneficioso ha resultado hasta ahora se culminará con éxito.

Hoy más que nunca, aprovechando el éxito conseguido con el Tratado de Reforma, impulsemos desde España el proyecto que nos ofrece un futuro mejor. ¡Volvamos a Europa!